

EL MINISTERIO DE LA CARIDAD EN LA IGLESIA

Francisco García Martínez

Cuando afrontamos el tema de la caridad en la vida de la Iglesia solemos partir de unos presupuestos que habitualmente estrechan las dimensiones de esta realidad. Por eso, en primer lugar, probablemente debamos abandonar, al menos inicialmente, el paisaje mental que nos habita y contextúa nuestro acercamiento natural al tema. Hemos de levantar la mirada por encima de toda reducción moral (sea individualista o institucional) o, dicho de otra manera, sobre la idea de que la caridad es fundamentalmente una obra humana. Igualmente hemos de superar su identificación con la diaconía eclesial que corresponde solamente a una de sus dimensiones.

Intentaremos, por tanto, hacer una exposición que sitúe el fundamento de la vida de la Iglesia *en* la caridad y muestre las formas expresivas que la manifiestan.

1. La misericordia de Dios y la constitución del pueblo.

Si bien es verdad que el hombre desde siempre ha tenido en su imaginario natural a Dios, lo cierto es que sólo cuando Dios se ha mostrado históricamente (revelación) hemos conocido la imagen verdadera de su ser. Sólo con la figura que va surgiendo de su actuación histórica va dejando atrás la ambigüedad de la idea humana de Dios para definirse como *misericordia gratuita*. Es la liberación de Egipto, la Pascua, la que marca el núcleo central de su verdadera forma de ser que después se ahondará. Si sabemos que *Dios es amor* (1Jn 4, 8), es mejor seguir su revelación desde el principio pues no es extraño que reduzcamos este amor a nuestra siempre ensimismada forma de amar, reduciendo así a Dios a nuestra propia imagen y hagamos de él un ídolo.

La forma con la que Dios aparece en el acontecimiento pascual es la misericordia, que podría definirse como la manifestación del amor en condiciones de fragilidad existencial (sufrimiento-pecado) del amado. Dios no aparece en un primer momento amando a todos por igual, sino fijándose en quien está siendo sometido a la humillación y por tanto siendo despojado de su dignidad última. Su ser se muestra al manifestarse afectado por la historia: es *he visto, he oído el sufrimiento de mi pueblo* (Ex 3, 7.9; cf. también Mc 6, 30-44).

Esta misericordia va a ser el centro de la experiencia israelita: ser el pueblo del Señor significa ser rescatado de la miseria a la que le conduce la violencia de los otros contra él y el pecado propio: el Señor aparece como *compasivo y misericordioso* (Sal 102, 8). Este pueblo se convierte entonces en signo del ser mismo de Dios, no en primer lugar por lo que hace, sino por lo que Dios hace con él. En él Dios manifiesta su misma identidad: gratitud pura, generosidad supracontractual, atención constante y preocupación atenta. Este pueblo, siervo de Dios, va a ser definido por Dios como luz de las naciones por dos razones: porque es convertido en signo de confianza para todos los que ven en él el una muestra de la compasión de Dios con la fragilidad humana, y por ser portador de la forma de vida que Dios ofrece (la Ley) para que su misericordia no se agote en un puro acto divino, sino que configure una forma de humanidad que extienda la vida y la conduzca a su plenitud. El envío de Jesús a sus discípulos a *todos los pueblos* (Mt 28, 19) llevará al

límite esta forma de ser de Dios hacia los hombres de forma irrevocable mostrando que Él es así y no puede ser de otra manera. La nueva Pascua anunciada ahora por los discípulos de Jesús muestra el amor de Dios como misericordia límite (Rom 8, 31-33) y el futuro mismo de esa vida suscitada en Cristo (1Cor 15, 20-28). La Iglesia se convierte así en testimonio de la misericordia de Dios entregada irrevocablemente a la humanidad en la vida de Cristo y en testimonio de la nueva vida que produce el acompañarse a ella.

En este sentido el amor no es identificable con los gestos de la misericordia, sino es el fondo del que nacen, el movimiento primigenio que configura a Dios y que le hace moverse hacia los hombres con solicitud y misericordia. El amor es la forma de ser de Dios, que le constituye interiormente y que se revela en la historia de Israel y en la vida pro-existente de Cristo. La figura que toma este acontecimiento interior de Dios en la historia es la suscitación de la vida, la protección de la vida y la compañía guía de ésta hacia su plenitud. Signos de su amor son así la creación y la elección, la liberación y la providencia, la palabra dirigida y la ley. Todo ello radicalmente cumplido en Cristo, signo definitivo donde la figura histórica se identifica con el movimiento eterno del amor de Dios.

Es importante destacar que este amor se expresa todo entero aunque geográficamente limitado: un pueblo entre los pueblos, *un Hombre entre los hombres*, una Iglesia en la humanidad. Limitación y universalidad se convierten en la marca propia de la revelación. El amor no es sólo para el pueblo elegido, pero se da a través de él, en su vida que lo representa. La salvación, este amor dado ya definitivamente en Cristo, que se celebra en la Iglesia, no hace de ésta su reducto limitado, sino su testimonio, su sacramento ante todos los pueblos. Sin Israel, sin Iglesia, Dios se difumina y su amor desaparece por no tener un lugar de identificación verdadera. Dicho con todos los matices que se quiera en la historia no hay para el hombre amor de Dios sin Iglesia que lo refiera y manifieste.

2. La caridad *entregada* y la caridad *esperada*.

a) La caridad *entregada*.

El movimiento del amor de Dios como misericordia con algunos busca tomar cuerpo en la historia a través de su puesta en acto por aquellos que la han recibido siendo bendecidos de esta manera por Él. Así continuamente se verá que lo recibido debe vivirse en idénticas condiciones. Baste recordar, por ejemplo, aquel mandato en el que se recuerda a Israel que debe acoger a los emigrantes pues él mismo fue recogido en esas mismas condiciones por Dios (Ex 22, 20; Dt 24, 19-22). La última expresión donde esto se concreta es el mandato de Jesús: *Como yo os he amado, amaros los unos a los otros* (Jn 13, 34; 15, 17).

Detengámonos por un momento en el significado de este *como yo*. No describe solamente una ejemplaridad a imitar, es decir, él amó y nosotros, que le hemos visto amar, ahora sabemos y debemos amar de la misma manera. No, se trata de la constitución de la propia identidad a través de lo recibido de él. El posibilita nuestro amor con su amor dado, su vida entregada es la fuente interior de nuestra propia vida de amor. *Con el amor que yo os he dado, en él, amaos mutuamente*, podríamos traducir. Su amor no es algo sólo exterior a nosotros, sino interior por el don de su Espíritu Santo recibido (Rom 5, 5). Por eso este mandato no se dirige a todos, sino que es un mandato referido a la comunidad cristiana, representada en los apóstoles a los que se dirige Jesús.

En este sentido, este mandato no es una norma de acción *ad extra* de la comunidad cristiana, sino propiamente su forma de ser delante del mundo, el testimonio de la verdad

del don salvífico de Dios que ha renovado la vida del creyente (1 Jn 3, 14-16): quien en Cristo recibe su amor (v. 16) y lo acoge como forma existencial comienza a ser una criatura nueva (v. 14). Sin esta forma de vida la palabra de Dios termina por ser deformada en el pueblo que él elige para manifestarse, y se corrompe en una actitud idólatra que hace que quede profanado el nombre de Dios y termine por ser despreciado al ser presentado en una imagen deformada, tal y como denunció Ezequiel (36, 16-22). La primera carta de Juan se sitúa en esta perspectiva llevándola al límite al hablar de la vida de los cristianos (1Jn 4, 7-21). Ello invita a pensar que la caridad eclesial es en primer lugar una forma de existencia común fundada en un don que la posibilita y no una ley de acción individual o institucional a mayores de lo propiamente cristiano, algo derivado de la vida cristiana. En este sentido la caridad de Dios se vive en la comunidad eclesial en primer lugar como comunión eclesial.

Ahora bien, los discípulos que han recibido este amor de Cristo saben que no era exclusivo, sino que desbordaba hacia los otros, los distintos, los no reducibles a *los nuestros*: un romano, una cananea, los samaritanos... De esta forma, el *como yo os he amado* se convierte en una crítica a toda cerrazón identitaria porque Cristo les amó especialmente y con una misión propia, pero no en exclusividad ya que su afecto llegaba hasta donde se manifestaba cualquier sufrimiento. Y así habrá de amar su comunidad.

Por otro lado, podemos identificar tres características de la acción eclesial que se desarrolla *in caritate Dei* tal y como esta es vivida por Cristo (*como yo...*):

- *La sacramentalidad*: Jesús sabe que no es el sujeto originario de su propia acción, sino que se sabe habitado y definido por el amor de Dios que le envía y, por tanto, su acción no remite a sí mismo, sino a Dios. Por eso, en Cristo, el amor no es nunca la expresión de una buena voluntad ante un problema concreto que se intenta resolver, sino el memorial activo de un amor fundante que no deja nunca de actuar y que se expresa en algunos gestos especiales (enseñar, curar, alimentar...) para suscitar la esperanza de que la vida está habitada por este amor y, por tanto, tiene futuro (Jn 5, 17). Los gestos de Cristo buscan que el hombre se encuentre con la vida de Dios que es origen fundante, compañía permanente y esperanza definitiva para el hombre. Éste es uno de los sentidos ejemplares del *como yo* que deberá expresar la Iglesia en sus gestos (Mt 5, 16). Esto invita a prestar atención a la forma de nuestra existencia 'caritativa' siempre tentada de replegarse en nuestro yo personal o eclesial en cuanto mérito ante los otros o ante Dios.

- *La totalidad*. La caridad en Jesús ocupa toda su acción, porque le constituye interiormente. Realmente no se pueden señalar acciones donde se exprese sin reducirla, pues Jesús mismo en su sentir, en su querer, en su actuar, en su relacionarse es *caritas in actu*. El *como yo* adquiere en este sentido para la Iglesia un carácter fundacional. La caridad no puede identificarse con algunas acciones eclesiales por más que estas expresen la misericordia en situaciones especialmente significativas. La caridad es la forma de ser de la Iglesia en todas sus acciones ante el mundo. Hacia dentro (Jn 13, 35) y hacia fuera (Rom 12, 17-21). Esto invita a prestar especial atención a la reducción tan habitual de la caridad en la vida del cristiano y de la Iglesia a algunas buenas acciones convertidas inconscientemente o no en protección para no amar como Dios (nos) manda y donde Dios (nos) manda.

- *La proximidad*. La caridad de Cristo no se deja reducir tampoco a algunos espacios ya sean religiosas, culturales o étnicos, sino que se expresa ante los necesitados impulsada por la simple necesidad desnuda. Así se convierte en *caritas universalis*, testimonio de la universalidad del amor de Dios que se dirige a todos porque todos son

suyos, como intenta hacer comprender el libro de Jonás y como manifestará Jesús en sus acciones con leprosos, extranjeros, y pecadores. La caridad no espera a que exista una norma que obligue, ni reduce a los hombres entre aquellos a los que debo ayudar y aquellos otros a los que no estoy obligado a hacerlo. La caridad de Cristo se hace prójima de la necesidad, no pregunta cuál es su prójimo (Lc 10, 29-37). Esto invita a la Iglesia a prestar atención a ese dinamismo de distinción entre los hombres que nos hace sentir que unos merecen más que otros en el sufrimiento porque son 'de los nuestros', o que a algunos no necesitarían lo mismo o que podría tratárselos bajando el listón de la dignidad que pedimos para nosotros porque, por ejemplo, no están en situación legal.

b) La caridad esperada.

La caridad vivida por la Iglesia no es simplemente, como hemos dicho, una ley que defina algunas acciones entre otras, sino que aparece como aquel acontecimiento en el que se constituye, que la identifica. Creemos que esto se realiza bajo dos formas procedentes ambas de la dinámica que imprime la encarnación de Cristo en la vida del mundo y de la Iglesia.

El Hijo de Dios en su encarnación se unió a nuestra humanidad en una humanidad concreta, de tal forma que en ella puede relacionarse con nosotros, no sólo exteriormente de individuo a individuo, sino a través de su Espíritu impreso en el mundo como *movimiento hacia él* (Rom 8, 19-30) y como *inserción en él* (Rom 8, 15-17). Pero además su vida está unida a la creación porque él, en cuanto Hijo eterno, es el espacio vital donde esta se encuentra a sí misma al estar creada en él (Ef 2, 10). Se podría decir que Cristo aceptó recibir a la Iglesia y a la humanidad como/en su propio cuerpo y ya no es sin ellos. En este sentido, creación en Cristo y encarnación son correlativas. Pues bien, la *forma* en la que esto se realiza es el amor en él dado, pero igualmente por él esperado. Cristo *nos espera* (para que terminemos de ser su cuerpo) en el dinamismo mismo de nuestro amor, amor que él suscita y define, pues en este amor nos encontramos con su misma presencia habitando y plenificando nuestro ser. Es por esto por lo que la primera carta de Juan afirma con rotundidad que fuera del amor solo hay muerte (3, 14), no hay espacio de ser.

- Todas las exhortaciones neotestamentarias al amor fraterno en el seno de la Iglesia (por ejemplo Rom 12, 9ss o Fil 2, 1-4) aparecen como fórmulas no sólo de vida moral, sino como la forma de identidad propia de los cristianos en la que nos constituimos como cuerpo de Cristo ya aquí participando de su misma vida y viviendo así de la forma de existencia del mismo Dios, que es la comunión. Cristo aparece, por tanto, en plenitud en el amor que nos damos y así se revela identificándonos, esperándonos y consumándonos en ese amor. *Cristo está*, podríamos decir con una fórmula un poco osada, *en movimiento hacia sí mismo en nosotros (la comunidad eclesial) y nosotros estamos en movimiento hacia nosotros mismos en él, y esto se realiza en la mediación del amor recibido de él y activado entre nosotros.*

- Por otro lado, si lo anterior define la vida *ad intra* de la comunidad cristiana, la vida *ad extra* queda definida, en este sentido, a través de la afirmación del Señor: *lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños a mí me lo hicisteis* de Mt 25, 40. El cuerpo de Cristo, su encarnación, parece que no culmina su misión hasta que los suyos más necesitados, que él identifica consigo mismo, no alcancen a recibir su amor de manos de los hombres que le han reconocido y le confiesan en la fe. Cristo, por tanto, espera a la comunidad cristiana no solo en su amor mutuo o en las acciones que esta realiza en su nombre para alimentar su vida y donde tiene la promesa de su presencia, sino fuera de ella misma, en los que sufren. Cristo se identifica con la humanidad en su

totalidad en cuanto vive aún en condiciones de sufrimiento y pecado, y allí espera que su amor experimentado por unos alcance a habitar en los otros haciendo de todos un solo cuerpo de humanidad, su cuerpo. Volviendo a nuestra fórmula: *Cristo está en movimiento hacia sí mismo en la misma humanidad que aún no alcanza a vivir su verdadera dignidad salvo cuando la misericordia une a los 'bendecidos por la vida' y a los pobres para hacer un solo cuerpo donde nadie tenga que sentarse a la orilla del camino a mendigar vida.* Por tanto, sin este movimiento de la Iglesia hacia los más pobres Cristo no se completa en ella y la iglesia permanece alejada de él y de sí misma.

Cristo, por tanto, después de haberlo dado todo está a la espera de recibirlo todo no de Dios, sino de los hombres, para hacer de su propia vida el espacio existencial de la bendición de Dios para todos los hombres. Y esto se realiza en el amor que él no sólo ha mostrado, sino que ha otorgado con su Espíritu.

3. La Iglesia en la caridad.

Si Cristo identifica la caridad de Dios para los hombres, la Iglesia unida a él está llamada a vivir para expresarla hacia todos en todos los tiempos. No vive, sin embargo, para exponerse en su caridad ante ellos, sino que viviendo en la caridad de Cristo queda expuesta por Dios ante los pueblos para manifestar la búsqueda de su amor por todos. En este sentido, la Iglesia ha recibido el ministerio de la caridad que propiamente sólo pertenece a Cristo. Y lo ha recibido como dimensión constituyente y no como carisma particular que perteneciera sólo a alguno de sus miembros. Nadie está exento de la vida en amor, que, es verdad, tendrá concreciones carismáticas especiales.

Es esta dimensión constituyente de la Iglesia como comunión en el amor de Dios y en servicio a Él lo que permite afirmar al Concilio Vaticano II que la Iglesia es *como un sacramento de unidad del género humano* (LG 1) e *instrumento de redención universal* (LG 9), *un sacramento de salvación* (LG 48).

La caridad vivida en el seno de la comunidad cristiana, fruto de la vida que suscita Cristo en nosotros y que se expresa sacramentalmente en la comunión eucarística eclesial, refleja la humanidad renovada a imagen de Dios (*como en un espejo borroso*, habría que decir). La Iglesia aparece así como espacio donde Dios acontece irrevocablemente hacia los hombres haciendo de ellos su pueblo escatológico, como la forma de humanidad que Dios suscitará cuando lleve a los hombres a su plenitud. Ahora bien, esto no es identificable con las instituciones o formas de organización que se dan en ella, sino con la vida relacional (la comunión) que en ella suscita la vinculación a Cristo y la inhabitación por su Espíritu. Tarea de la Iglesia es entonces ser lo que es, sociedad sacramental, comunión de los santos ante el mundo, en una constante voluntad de ser fraternidad siempre renovada. Una sociedad nueva no para juzgar este mundo de odio y división, y condenarlo (pues en ese caso ella misma quedaría condenada ya que demasiado a la vista está hecha de su mismo barro), sino para orientarlo humildemente hacia la plenitud de lo humano que sólo acontece en la superación en Cristo de toda división y odio. De esta manera la Iglesia, en la caridad (amor mutuo desde la comunión con Cristo) se convierte en *sacramento de unidad del género humano*.

Por otra parte, el acompañarse de la actividad de la Iglesia a la voluntad de amor de Dios a través de lo que tradicionalmente se han llamado las obras de misericordia (a nivel personal o de sus instituciones) manifiesta la presencia siempre activa de Dios entre ellos y la esperanza, más allá de la solución cada problema concreto, de que la promesa de vida de Dios nacida del amor que nos llamó a la existencia se verá cumplida en plenitud. Así, a

través de toda su acción *pro hominibus*, que nace de la misma caridad pastoral de Cristo, es convertida por Dios en *sacramento de salvación* entre los hombres.

4. La caridad como *forma* y las *formas* de caridad.

En el himno a la caridad de 1Cor 13 San Pablo afirma repetidamente: *si no tengo amor no soy nada*. Pues bien, esta afirmación podría muy bien ser pensada no como afirmación individual del sujeto creyente, sino como afirmación de la identidad eclesial, ya que es en esta forma de configuración de su ser en la que la Iglesia se identifica con el ser mismo de Dios que es amor, caridad en sentido pleno. Nada vale, por tanto, en la acción eclesial, ni lo más sublime, si no está habitado por el amor. El amor es así la *forma* interna de la existencia eclesial y creyente.

Ahora bien, esta *forma* interior de la caridad requiere expresarse en *formas* de existencia y actuación históricas plurales. En este sentido la Iglesia y el creyente en ella están solicitados de continuo por la realidad de dependencia, fragilidad y sufrimiento en que vivimos los hombres, y que se manifiesta en diferentes formas sincrónica y diacrónicamente a lo largo de la historia. Se requiere una solicitud imaginativa que sea capaz de suscitar gestos, espacios, instituciones... donde los hombres donde los hombres podamos encontrarnos con signos de aquella vida generosa de Dios que nos define y que nuestra fragilidad y pobreza parece poner en cuestión.

No estamos obligados a permanecer en los límites de lo ya realizado, ni de lo bien visto, ni de lo cómodamente asumible... estamos llamados a habitar aquel espacio de riesgo que es el amor donde siempre parecemos perdernos y que, sin embargo, es el único hogar verdadero de nuestra vida. En este ámbito Cristo nos llama de cuando en cuando a que rompamos nuestras inercias que tantas veces nos ensimisman (acciones personales o instituciones históricas relativas), y recreemos nuestra vida y la del mundo con el impulso del amor recibido.

5. La caridad y la cruz.

Por último. El amor de Cristo que nos urge, aquel por el que estamos salvados y al que estamos llamados, se ha manifestado en medio del poder del mal. El amor de Cristo es un amor crucificado (2 Cor 5, 11-17). La cruz es el signo por excelencia del amor verdadero de Dios, un signo bien diferente de esos corazones limpios, tersos y rollizos de todos los *I love...* En un mundo habitado por la codicia y la violencia nuestro instinto nos ha enseñado que hay que mirar para otro lado para proteger la comodidad de nuestra existencia, el conjunto de nuestros bienes o nuestra misma integridad física o de nuestro prestigio social... Pero la caridad de Cristo toca a los leprosos, se junta a los mal vistos, renuncia a la posesión, se expone a las represalias en la defensa de los expulsados del sistema...

No hay amor sin cruz. Lo sabe cualquiera que haya amada de verdad a otro. Pero en la vida cristiana no hablamos sólo de aquel amor básico que sabe vivir la cruz en los ámbitos propios, hablamos del amor de Dios que se ha humillado para recoger a los distintos a él, que se ha empequeñecido para servirnos, que se ha hecho pobre para enriquecernos con su pobreza, que se ha humillado para enaltecernos... a nosotros que nos habíamos apartado de Él, que nos habíamos hecho sus enemigos... (Mt 16, 21-27).

Y esto es lo que hay que aprender finalmente, que el amor cristiano es un amor en último extremo mortal porque no vive de la reciprocidad, sino que vive para manifestar la

misericordia desbordante de Dios en un mundo habitado por la desconfianza, la codicia y el odio. Por tanto el amor cristiano es siempre drámático.

- Primero, porque es amor preferencial por los pobres. Un amor que para ser efectivo debe empobrecer concretamente al cristiano y a la Iglesia (en sus bienes, en su tiempo, en su prestigio...) para que el mundo se enriquezca (2 Cor 8, 9). Cuando esto no sucede hemos de sospechar si no hemos reducido el amor de Dios del que hablamos a nuestro estrecho querer nos a nosotros mismos (y a los nuestros) o a la exhibición de nuestras buenas acciones bien vistas (porque hay que recordar que hay buenas acciones mal vistas).

- En segundo lugar, porque el amor muestra su verdad más profunda cuando supera una reciprocidad contractual y es capaz de entregarse a quien lo rechaza. Por eso, el signo por excelencia del amor cristiano es el amor a los enemigos o una de sus variantes, el amor a los desagradecidos. Es este amor el que hemos visto manifestarse en la historia de la salvación culminada en la cruz de Cristo. Al enemigo hay que darle agua (Rom 12, 20-21), más allá de lo que diga la lógica popular. Y hay que hacerlo para convertirlo a fuerza de bien. Lo contrario es un amor subyugado a la venganza y al rencor que siempre mata no sólo la vida del otro, sino la propia.

Dicho esto hay que decir que la Iglesia (en especial a sus instituciones diaconales) es invitada a recordar que la caridad cristiana si bien es verdad que puede recibir subvenciones, muchas veces lo único que encuentra son persecuciones, en cualquiera de sus formas. Si bien muchas veces puede recibir halagos y reconocimientos, otras muchas puede convertirse en objeto de calumnias y ofensas por la caridad ejercida en el interior de un mundo dominado por el mal (Jn 15, 18-25). Y nadie debe sorprenderse de ello, sino confiaren que el Espíritu santo sabrá sacar finalmente de cada acción su verdad (Mc 13, 11).

Pero, ¿podemos vivir este amor? ¿es esto posible? *No para los hombres, pero lo que es imposible para los hombres es posible para Dios.* Sólo arraigados en el don del Padre, sólo confiados a que la vida propia y la vida del mundo están sostenidas, como los dones eucarísticos, por las manos de Cristo y en el amor que los une a sí se hacen eternas, el hombre encuentra fuerza para irse entregando al amor pascual, a ese amor mortal y resucitante de Dios que nunca abandona la obra de sus manos.

Vivir esto es aceptar el ministerio de la caridad propio de Cristo al que ha querido asociar a su Iglesia y hacer de este ejercicio una estricta confesión de fe.

Preguntas para la reflexión personal y grupal.

1. Comenta lo que te haya parecido más significativo.
2. ¿Hasta que puntos consideras necesario conocer a Dios (su historia con los hombres) para saber en qué consiste la verdad del amor? ¿Podrías identificar algunas reducciones humanas del amor...?
3. La caridad es un don de Dios o, dicho de otra manera, amamos con el amor que Dios nos da. ¿Has pensado alguna vez que necesitas el amor de Dios para amar? ¿lo crees en la práctica? ¿dónde te alimentas de él?
4. ¿Ves clara la diferencia entre la caridad como una dimensión entre otras que tiene sus propias acciones en la vida personal y eclesial y la caridad como una dimensión transversal de la vida personal y eclesial? ¿Qué consecuencias crees que tiene optar por una u otra perspectiva en la vida personal y eclesial?
5. (Para los trabajadores de Cáritas) En tu trabajo en Cáritas ¿te sientes una de las expresiones de la caridad eclesial o un contratado por esta caridad eclesial?